

LUCIFER Y EL MONAGUILLO

J. B. Mahoney



Image not found.

Capítulo 1

Luego de haberse aparecido repentinamente en una encrucijada que había en medio del desierto, Lucifer se encontró frente a un aviso de señalización que decía: santo Poco 1Km y más abajo; san Constanza 100Km. El hijo de la oscuridad se afiló el bigote por espacio de unos segundos, e impredecible como siempre, decidió continuar su camino hacia el destino más lejano. No era de extrañar, que el más mínimo vestigio de vida que iba encontrando en su camino, por cosa más insignificante que esta fuera, sucumbía a su paso o se consumía en llamas. De esta manera, muchos de los peces que habitaban en el pequeño lago que había en las afueras del pueblo flotaron envenenados de manera inesperada, cuando se detuvo a orinar en sus orillas. Las felices aves que cantaban y surcaban a baja altura los cielos de san Constanza se callaron de repente, y comenzaron a precipitarse a tierra cuando sus plumajes, sin explicación alguna, empezaron a arder en las alturas. Excepto las serpientes, todo a su paso se iba extinguiendo y la tierra se fue haciendo yerma, dejando un evidente testimonio de su llegada. Apenas había arribado, la semilla del mal comenzaba a germinar en san Constanza.

Pero el sagaz y tramposo diablo no estaba interesado en desolar a todo el poblado, y tampoco venía a exterminar o apagarle la vida al resto de los apacibles seres que en ella vivían. Como precavido y calculador que era, tenía sus más que sabidas intenciones acerca de a quien venía a llevarse en esta ocasión, y la estampa que mejor se ajustaba a sus propósitos no podía ser otra que la de alguien casto e intachable. Lucifer estaba seguro de que hasta ahora no existía un solo lugar en el mundo donde no hubiera al menos un hombre con esas virtudes inmaculadas, sabía que solo alguien así serviría mejor a sus oscuros y perversos designios. Así que una vez que estuvo ante las puertas de aquel pacífico poblado, el ángel caído consultó en las páginas llameantes de un pesado libro rojo que guardaba en el interior de su capa, cuál era el alma más pura y noble que habitaba en toda san Constanza.

—Mmmm... Alma disponible..., alma disponible —susurraba Lucifer entre dientes y con mucha paciencia, mientras iba escudriñando de arriba a abajo cada una de las líneas escritas en aquel libro—... ¡Ajá, ya lo sabía! Aquí estás: "don Glorioso", es justo lo que necesito. Ahora, lo próximo que debo hacer es averiguar dónde encontrar a este santón de provincia.

Cavilando sobre cuál pudiera ser el lugar más apropiado «tal vez uno que sea el más concurrido por donde debería empezar a preguntar», se había dicho. Satanás se encaminó hacia la plaza mayor del pueblo. Por su tamaño, era esta una suerte de glorieta donde la gente solía reunirse a diario, y la que estaba emplazada frente al cabildo y a la iglesia, en el mismo corazón de Constanza (en realidad, la única plaza que había en

toda la comunidad) Una vez que llegó al lugar, se colocó de espaldas a la casa de Dios, y preguntó a algunos pobladores que se cobijaban bajo la sombra de un gallardo Cedro milenario; dónde podía encontrar a un tal don Glorioso.

Juzgando con suspicacia al forastero, por los inesperados halagos de un extraño que acababa de llegar, pero sobre todo, por aquella singular y desacostumbrada forma de vestir: con cuello de alta solapa trasera, capa negra y fondo de color rojo carmesí; los nativos le respondieron desconfiados que ninguno conocía al tal fulano ese. Lucifer, quien tenía reputación de saber más por viejo que por diablo, les preguntó entonces que dónde vivía el hombre más cruel de toda san Constanza. El diablo sonrió con malicia sabiendo que acertaría al hacer una pregunta tan capciosa, ya que estaba seguro de confundir a los ingenuos provincianos y estimularlos para que le dieran en cambio una respuesta conveniente. Adivinando que todos se mostrarían interesados en decirles lo mismo, los ingenuos paisanos se apresuraron a señalarle la única mansión que había en el pueblo. Se trataba de la última de las casas, la más grande y suntuosa que se veía sobre una colina en las afueras de san Constanza. Le dijeron que su nombre era Vlad y que al parecer, también admirador del diablo.

Dueño de aquellas señas tan particulares, Lucifer coqueteó una vez más con los satisfechos provincianos y se despidió con cortesía. Sacudiendo su enorme capa en el aire y dando un giro como si estuviera a punto de salir volando, el ángel de la muerte fue hasta la casa de la colina a tocar las puertas de la mansión Vlad.

En tanto, los suspicaces vecinos que estaban recreándose en la plaza, presumieron satisfechos de su astucia y de lo avezados que eran. Se decían que hubiesen podido engañar incluso al mismísimo demonio, si tan solo este se les hubiera aparecido.

Entre carcajadas y juegos de mano, los inocentes vecinos gritaron vivas y brindaron a la salud de don Glorioso.

Apenas un segundo más tarde, tres solemnes repiques sobre la puerta con una aldaba de bronce y en forma de puño, retumbaron con profundidad dentro de la mansión...

—¿Si, diga... Quién anda allí? —preguntó Vlad sobresaltado, puesto que por primera vez en toda su vida había escuchado la puerta de su mansión rugir de manera tan siniestra—. ¿Quién del pueblo se atreve a molestar a estas horas del día?

—Ruego perdone usted mi atrevimiento amigo mío, pero quisiera hablar un momento con el amo de la mansión, el señor Vlad —se excusó una voz grave al otro lado de la puerta—... ¿Sabe si el señor se encuentra

en casa?

—¡Sí se encuentra, soy yo en persona! ¿Quién pregunta y qué es lo que desea a estas horas? —respondió Vlad con insolencia, después de haber escuchado aquella voz tan culta y refinada.

—¡Mi nombre es Lucifer, señor de las tinieblas!

—¡¡¡LUCIFER!!! —exclamó Vlad todo nervioso, retirando todos los cerrojos y abriendo con rapidez aquella puerta maciza—. ¿Lucifer? Adelante, ¿en qué puedo servirle, mi... señor?

—Pues, tengo toda la mañana tratando de averiguar dónde vive don Glorioso —preguntó a secas.

—¿Don Glorioso, don Glorioso? ¡Oh!... ¡Por supuesto don Glorioso, el santurrón solitario ese! Pues verá usted mi señor, solo debe ir al otro extremo de san Constanza. —señaló Vlad aliviado, mientras le indicaba con el dedo—. Fíjese bien, su vivienda, si es que a eso se le puede llamar vivienda, es la que ve al final y a la derecha de aquella estancia, la más fea y ordinaria de todo el pueblo.

—¿Está seguro que es esa, señor Vlad?

—Esa misma. Es imposible que se equivoque de casa, mi señor. Siga por aquí derecho como se lo indiqué, toque a su puerta y verá.

—Muy bien señor, ha sido usted muy amable conmigo —dijo dándole unas palmadas en el hombro—. ¡A me olvidaba!, ¿cómo ha estado de salud últimamente? Yo siendo usted iría cuanto antes al médico para examinar esos pulmones.

—¿Por qué lo pregunta, mi señor?... ¡Un momento!, ¿mis pulmones, dice usted...?

Pero sin dar explicaciones, Lucifer se despidió y agradeció a Vlad por su valiosa cooperación. Habiendo dicho aquello, además de dejar al señor Vlad prisionero dentro de un mar de incertidumbre, el astuto señor de las tinieblas se esfumó en el acto y se fue en busca del alma de aquel pobre ermitaño.

Después de haber tocado tres veces seguidas, un hombre de expresión alegre y baja estatura, abrió la puerta de la humilde vivienda.

—¡Alabado sea el señor en las alturas! —dijo el risueño ermitaño, ignorando de quien se trataba el enigmático personaje—. ¿En qué puedo

servirle, amigo forastero?

—¿Es usted don Glorioso, por casualidad?

—Sí, soy yo... ¿De parte? —preguntó el manso cristiano, aunque sin dejar de sentir cierta incomodidad cuando vio a tan extraño individuo perfilándose el largo bigote—. ¿Para qué soy bueno, acaso es usted nuevo en san Constanza?

—¡Mi nombre es Lucifer, príncipe de las tinieblas!

El hombre más cándido del pueblo comenzó a temblar del miedo. Lo cierto es que don Glorioso había escuchado muchas veces a los ancianos del pueblo contar demasiadas historias de muertos y aparecidos. Y si bien no era muy supersticioso que se diga, ni creía en cuentos de brujas ni fantasmas; como hombre religioso que era, don Glorioso siempre había temido que Satanás lo pudiera visitar por el pueblo en alguna ocasión.

—¿Qué..., es lo que desea señor? —preguntó, apenas consiguiendo balbucear unas palabras por estar casi paralizado del miedo—. Yo..., no conozco a nadie que se llame..., Satanás. Tal vez se ha equivocado de casa, y a quien busca en realidad es al perverso señor Vlad.

—Yo jamás me equivoco de persona. Y como ya me has conocido, he venido para avisarte que debes despedirte de los tuyos y preparar tus maletas, puesto que esta tarde harás un largo viaje conmigo.

A pesar de ser un hombre solitario y entregado a la expiación, a don Glorioso lo querían todos en el pueblo excepto el malintencionado señor Vlad, a quien conocían también como el señor oscuro. Apesadumbrado, después de que recibiera aquella inesperada visita, don Glorioso corrió a consultar al cura de san Constanza, quien le recomendó que se disimulara como si fuese un paisano más del pueblo, que de esa manera, ni el mismo Satanás lo reconocería. El religioso le explicó que a pesar de ser aquel un enemigo muy temido y poderoso, desde tiempos muy antiguos la iglesia siempre había sido avezada en el arte de engañar al diablo. Siguiendo entonces la recomendación del padre, don Glorioso así lo hizo, pero en lugar de seguir al pie de la letra el consejo del cura, decidió disfrazarse de monaguillo para que no pudiera ser reconocido. De esa manera se lo hizo saber al párroco de la iglesia.

—¿Estás seguro hijo, mío?

—Muy seguro, padre —afirmó—. El diablo jamás sospecharía que don Glorioso es precisamente el monaguillo que ayuda al cura de la iglesia. Además, sería una nueva victoria para la iglesia.

No conforme con ello, don Glorioso fue donde el barbero a cortarse el cabello y pidió al padre que le prestara un solideo con borla, que le había sido enviado como regalo desde la ciudad de Aragón. Don Glorioso pensó que ese sería el camuflaje perfecto para engañar a Lucifer.

Como se lo había prometido, Lucifer fue esa misma tarde a la modesta vivienda de don Glorioso y tocó tres veces con el llamador en forma de argolla que había en la puerta, sin embargo, nadie abrió. Extrañado, el príncipe de las tinieblas regresó a la plaza mayor después que el cura había concluido los oficios de bendecir, ya que en el poblado, sus felices habitantes celebraban las fiestas en honor a su santo Patrono. Allí preguntó a tres paisanos, los que conversaban con un monaguillo, pero ninguno de los vecinos supo darle información acerca del paradero de don Glorioso.

—¡Oiga señor, usted mismo, el del casquete rojo en la cabeza! ¿Podría decirme usted señor prelado, si por casualidad don glorioso ha venido por la plaza, o tiene idea de si se encuentra en algún otro lugar del pueblo de san Constanza? —preguntó el diablo al monaguillo, mientras se afilaba el bigote—. Mire que es algo muy importante.

—¿Don Glorioso?

Llenándose con un poco de coraje, el monaguillo le explicó que don Glorioso había tenido que ausentarse con cierta urgencia de san Constanza en horas de la mañana, pues su apuro se debía a un asunto de vida o muerte, pero que tal vez regresaría en uno o dos días. Lucifer, quien disponía de todo el tiempo del mundo, esperó con paciencia y se dirigió al día siguiente, y de nuevo al segundo día a preguntar en la rotonda, pero una vez más, ningún paisano supo informarle sobre el paradero de don Glorioso. No obstante, habiéndose encontrado con el astuto misario, quien ayudaba al cura con la comunión por tratarse del último día de fiestas, este le dijo que quizá vendría la semana siguiente. Así que cumplidos los siete días exactos, cierta mañana cuando el sol aún no terminaba de templar el día, Lucifer se apareció ante la vivienda de don Glorioso y tocó por última vez. De nuevo y como era de esperarse, nadie salió a la puerta. Cansado de esperar y juzgando que sería una total pérdida de tiempo regresar por la plaza para seguir preguntando lo mismo a los vecinos, el señor demonio aguardó por unos instantes ante la puerta de la humilde vivienda mientras pensaba cuál sería el próximo paso a dar.

Considerando que la ingeniosa argucia del cura, sumado a la brillante idea del disfraz de don Glorioso habían dado los resultados esperados, y tal vez pecando en su arrogante intento al querer jactarse de su astucia; en ese mismo momento el propio monaguillo se apareció ante Lucifer, y le entregó una nota en la que se explicaba que don Glorioso se había

marchado del pueblo para siempre, y que no volvería jamás.

Reflexionando con extremo cuidado sobre aquel chocante y más que sospechoso argumento, Lucifer se dio vuelta con la firme intención de marcharse. No obstante, luego de deliberar por algunos segundos, buscó el libro rojo que guardaba dentro de su capa y tachó para siempre el nombre de don Glorioso. De inmediato Satanás se volvió una vez más hacia el amable monaguillo, y contemplando el solideo rojo con borla que lucía sobre su cabeza, dijo:

—Después de todo, ha transcurrido toda una semana, además de tres largos días, y en vista de que nuestro amigo no volverá por san Constanza, considero que ya es hora de marcharme. Gracias de nuevo por tu cordialidad, alma bondadosa —agradeció Lucifer.

—Vaya usted con D... —trató de decir el monaguillo.

Pero el príncipe de las tinieblas no dejó que terminara toda la frase.

—¡Oh!, perdona mi vieja y cansada memoria, es que con frecuencia suelo olvidar casi todo lo que me comentan. ¿Pero cómo fue que me dijo que era su nombre, señor monaguillo?

—¿Mi nombre? —suspiró don Glorioso, casi traicionado por los nervios—... Pues, mi nombre es..., ¡Martín!, si eso mismo..., ¡Martín!

—¿Martín, dices? —murmuró el diablo en voz alta—... Como san Martín, el buen pastor.

—¡Si, si, si!..., ese mismo, como el santo —mintió.

Una vez más, Lucifer revisó con rapidez de arriba a abajo, cada una de las páginas de aquél libro hirviente y de color rojo que guardaba de manera disimulada en el interior de su capa.

—Martín, ¿seguro? A ver..., Martín..., Martín..., Mart... —rumió mientras iba repasando el interminable índice con el dedo, hasta que se detuvo súbitamente.

Lucifer fue levantando la mirada sin prisa alguna, luego contempló al monaguillo a los ojos, y perfilándose los bigotes, sonrió con malicia...